

1

DESENMASCAREMOS LA TENTACIÓN

*Cuando alguno es tentado,
no diga que es tentado de parte de Dios;
porque Dios no puede ser tentado por el mal,
ni él tienta a nadie;
sino que cada uno es tentado,
cuando de su propia concupiscencia
es atraído y seducido.
Entonces la concupiscencia,
después que ha concebido,
da a luz el pecado;
y el pecado, siendo consumado,
da a luz la muerte.
Santiago 1:13-15*

Estos versículos revelan que la tentación es una acogedora invitación a un proceso mortal. Se puede reducir a la siguiente fórmula: Un deseo + una oferta atractiva (aunque venenosa) = sufrimiento → muerte. Dicho de otro modo,

una persona tiene un deseo y ve algo que parece que puede satisfacer dicho deseo. Toma lo que ve y halla un alivio temporal, pero pronto comienza a vivir consecuencias serias, las cuales pueden llevarlo a la muerte.

Esto se puede ilustrar de muchas maneras:

Se le ofrece un plato de comida apetitosa a un hombre hambriento. Él no sabe que contiene veneno. Come con gusto. Pocas horas después, surge en él un gran problema intestinal y se retorcerá del dolor. Sin asistencia médica, dentro de muy poco habrá fallecido.

Leo era un joven con deseos comunes y corrientes. Anhelaba contar con amistades y ser aceptado. Se hizo de unos amigos que frecuentaban las diversiones pecaminosas. Al poco tiempo, Leo se volvió adicto a las drogas y andaba detrás de las mujeres. Por supuesto, sus padres desaprobaban ese estilo de vida. La vida acelerada de Leo comenzó a complicarse, y se vio en disputas y pleitos con otros adictos. Cuál fue el horror de sus padres y amigos cuando cierta mañana alguien encontró el cuerpo de Leo sin vida en su apartamento. Nunca se supo con certeza si la bala fue producto de un homicidio o de un suicidio.

Los deseos de Leo lo sumergieron en el pecado, y el producto final fue su ruina. De verdad que la tentación es una acogedora invitación a un proceso mortal.

Pese a la enseñanza sencilla de Santiago, muchos malentienden este pasaje. ¿Ha escuchado alguna vez comentarios como estos?

- *Es que no me pude controlar.*
- *Jamás lo habría hecho si ella no me hubiera _____.*
- *¿Por qué permitió Dios que me hallara en tal tentación?*
- *¡No sé qué se me metió!*

En estas excusas vemos cuánto nos cuesta asumir la responsabilidad por nuestros pecados. Quisiéramos creer que la tentación provino de alguna fuente ajena a nosotros mismos. Nos sentimos aliviados cuando podemos transferir la responsabilidad a otros, a las circunstancias, al diablo, o aun a Dios mismo. No obstante, Santiago nos enseña que la tentación comienza en nuestros corazones. Para vencer la tentación, es necesario verla como Dios la ve.

La tentación siempre se entrelaza con el deseo.

“Cada uno es tentado cuando de su propia concupiscencia es atraído” (Santiago 1:14). La palabra *concupiscencia* significa un deseo de bienes materiales y, en especial, un apetito desordenado de placeres deshonestos.

Quien vive tiene deseos. Un muerto no tiene deseos y por eso no puede ser tentado. El enemigo juega con nuestros deseos y busca desviarnos de lo bueno. Satanás incitó a Eva a satisfacer su deseo de adquirir mayor sabiduría (Génesis 3). De igual forma, avivó el deseo de placer e intimidad en David (2 Samuel 11). Jugó con los deseos del joven rico: sus deseos de ser reconocido y sentirse seguro e importante (Lucas 18:18).

Sin importar cuál sea el objetivo o lo que se nos presente, la tentación se vale de un deseo inflamado para cobrar vida.

Dios nos ha fijado normas para satisfacer nuestros deseos.

Como Creador, Dios no sólo diseñó nuestros apetitos y deseos, sino que también fijó normas para satisfacer dichos deseos. Hay motivos correctos para comer, una relación

apropiada para el sexo, y razones buenas para desarrollar una amistad. Y así como existen vías legítimas para satisfacer nuestros deseos, también hay un sinfín de maneras ilegítimas.

Aun respecto a deseos tan comunes como comer y beber, la Biblia nos advierte de no pasar por alto las normas de Dios. Salomón escribió: “¡Bienaventurada tú, tierra, cuando tu rey es hijo de nobles, y tus príncipes comen a su hora, para reponer sus fuerzas y no para beber!” (Eclesiastés 10:17).

Existe una gran cantidad de normas acerca de los deseos sexuales: advertencias en contra de la fornicación, adulterio, homosexualidad, bestialidad y abuso sexual. Aun se nos advierte que no es cosa de la que debamos sacar chistes. “Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios” (Efes. 5:3-5).

Las normas que Dios ha diseñado no son para atormentarnos ni para negarnos lo que es bueno, como lo sugiere Satanás. Al contrario, son para lograr el mejor y más sano modo de satisfacerlos. Por ejemplo, Dios sabe que el adulterio arruina nuestro matrimonio. Si nos entregamos al materialismo, jamás disfrutaremos la dicha de confiar en el Padre Celestial. Si somos glotones o borrachos, sufriremos bajo las enfermedades, además de que pasaremos miserias y debilitaremos nuestros cuerpos. Cuando aprendemos a dominar nuestros impulsos sexuales en nuestra juventud, fortalecemos la capacidad que nos permitirá vivir la fidelidad matrimonial en el futuro. Por eso Dios nos da normas protectoras.

Nuestros deseos provienen de distintas partes de nuestro ser.

Al contemplar la gama de deseos humanos, vemos claramente que provienen de distintas partes:

- Experimentamos hambre y sed en un nivel físico.
- Los deseos sexuales radican en lo más profundo de nuestro ser, aunque se manifiestan en un nivel físico.
- En la parte emocional, deseamos ser aceptados, hallar nuestro lugar, conocer nuestras raíces, sentirnos seguros, y contar con amistades. Estos deseos, aunque menos tangibles que los anteriores, a menudo son más dominantes.
- Si profundizamos más, hallamos deseos de poder creer en algo o alguien, buscamos una causa a la cual entregarnos, y deseamos hallar un objeto digno de nuestra devoción y adoración.

Estos deseos no son malos en sí.

La tentación es una carnada que ofrece satisfacer estos deseos de modos incorrectos, en momentos no apropiados, o por razones erradas.

Veamos un ejemplo de la vida de Jesús. Él fue tentado a convertir las piedras en pan. El deseo de comer no era malo, pero Jesús fue tentado a satisfacer su hambre por una razón errada... para demostrar que él era el hijo de Dios (Mateo 4:3).

Al analizar las tentaciones, podemos ver también que nuestros deseos a menudo se entrelazan. Puede que comamos (un deseo físico) para satisfacer un deseo de aceptación (un deseo emocional). Eso es lo que hace el joven que se sienta solo con una pizza grande para que sus amigos lo observen boquiabiertos. Puede que se busque o se permita